

Lorena tuvo noticia de lo que se proyectaba, y, atemorizado en extremo, tomó las oportunas medidas para hacer fracasar el plan. Con este objeto dictó un decreto de amnistía, destinado á impedir que la sedición tomara incremento entre los protestantes, y aprovechando la coincidencia favorable de partir la corte para la fortaleza de Amboise, reunió á la callada gran número de tropas. El duque Francisco de Guisa

fué nombrado gobernador general del reino é investido de plenos poderes (1). Las partidas armadas de sublevados fueron disueltas una á una, cayendo todas ellas en la red como arrastradas por un vértigo. El mismo La Renaudie sucumbió en uno de estos pequeños combates, y centenares de sus cómplices fueron ejecutados. Los levantamientos de las provincias quedaron sofocados fácilmente (marzo de 1560).



El almirante Coligny. Lienzo del siglo XVI que posee hoy la Sociedad francesa de la historia del protestantismo

Tal fué el famoso tumulto de Amboise que, á pesar de todo, produjo honda impresion en los gobernantes, los cuales comenzaron á temer que se repitiera con mejor éxito.

Los Guisas consintieron en que fuera nombrado canciller un hombre justo y benigno, Miguel de L'Hôpital (2), el cual habia nacido en 1504, y entrado jóven al servicio de Margarita, hermana de Enrique II, mostrando en aquella ocasion y despues, como intendente supremo de hacienda, gran desinterés é inteligencia. A estas cualidades reunia el

(1) *Memorias de Guisa* (Michaud et Pujolat I, VI) pág. 457.
(2) Obras de L'Hôpital por Dufey de l'Yonne, 5 tomos (Paris 1824-25).—Taillandier, *Investigaciones históricas acerca de L'Hôpital* (Paris 1861).—Dupré Lasal, *Miguel de L'Hôpital* (Paris 1875).—F. Genet, *Política religiosa de L'Hôpital* (Leipzig, Disertacion inaugural. 1877.)

deseo de una reforma en la Iglesia y de una tolerancia religiosa, á mas de una gran prudencia y habilidad políticas. Colocado frente á frente de los Guisas, su primer acto fué el edicto de Romorantin, que suprimió la Inquisicion establecida por Enrique II; dió despues algunas disposiciones disciplinarias para el clero y castigó con severas penas toda denuncia calumniosa en cuestion de creencias. De palabra aconsejó tambien al Parlamento la tolerancia. Su propia familia era un tanto adicta á las nuevas doctrinas. El cardinal de Tournon, nombrado por el Papa inquisidor general en Francia, no obtuvo permiso para ejercer su terrible cargo. Los protestantes levantaron de nuevo la cabeza y celebraron públicamente sus reuniones.

Además de esto que en el interior acontecia, fracasaron

los planes que en el exterior habian trazado los Guisas; pues en Escocia sus empresas no pudieron vencer los esfuerzos de los anglo protestantes. Por último la hacienda se encontraba en el mayor desórden: las guerras constantes y el vergonzoso favoritismo del tiempo de Enrique II habian creado una deuda de 43 millones de libras, cuyos intereses solo podian cubrirse por medio de nuevos impuestos.

Los Guisas, guiados por su debilidad y su temor, llevaban de un modo poco honroso al jóven rey de residencia en residencia, sin descanso ni sosiego (1). Finalmente el cuidado que les inspiraba la contingencia de una revolucion era tan

grande, que se concertaron para reunir, en agosto de 1560, una Asamblea de Notables en Fontainebleau. Estos Notables, sin embargo, demostraron de nuevo á los Guisas que su ciega política reaccionaria no podia contar entre ellos con mayoría, y acordaron convocar los Estados generales y reunir un Concilio nacional para reformar la Iglesia, suspendiéndose hasta entonces todo procedimiento criminal contra los protestantes: verdadero triunfo para estos últimos; ya que tales acuerdos habian ocasionado en otros países la victoria completa de las nuevas doctrinas.

El momento era decisivo. Los Guisas, obedeciendo las



María Stuardo. Cuadro de Francisco Clouet llamado Janet que murió por el año 1570. El lienzo se halla en poder del príncipe Czartorisky

resoluciones adoptadas en Fontainebleau, convocaron los Estados generales para el 10 de diciembre en Orleans. Sin embargo, el partido fanático católico se agitó, excitado por el anciano cardinal de Tournon, clamando que la soberanía de la religion tradicional en Francia estaba seriamente amenazada por las nuevas reformas. Los hugonotes, que así se llamaban los protestantes relacionados con los ginebrinos, y cuyo nom-

bre era una corrupcion de *Eidgenossen* (correligionarios) (2) dieron además con su conducta audaz é ilegal un pretexto á sus enemigos para cometer toda clase de violencias. En efecto, en los lugares en que se veian los mas fuertes, maltrataban á los católicos y les arrojaban de las iglesias. Los ardientes nobles protestantes del Sur hicieron entrar á Condé y el mismo Antonio de Navarra en una conjuracion, cuyo objeto era promover un levantamiento armado contra los Guisas,

(1) «Estas mudançes de aposento se hazen tan impertinente, que dan clara señal de miedo.» despacho de Chantonays á Felipe II (27 de junio de 1560) publicado por Mignet en el *Journal des Savants* (1859) pág. 23.

(2) Segun testimonio de un contemporáneo, el nombre de hugonotes se usó por vez primera en la primavera de 1560: *Journal d'un curé liguer* (Juan de la Fosse), edicion de Ed. de Barthelemy, Paris.

y poner el Estado en manos de los príncipes de Borbon; pero no en vano había Calvino advertido el peligro que había en echar mano á la espada: todo fué descubierto, y los Guisas y el rey se vieron obligados á valerse de la fuerza para su propia defensa. Por esta vez, la culpa era de los protestantes. España y la curia romana atizaron el incendio, verificándose en la corte una verdadera revolución. Entonces se trató de castigar severamente á los jefes de la oposición política y religiosa, y de obligar, en caso necesario por la fuerza, á los Estados generales á tomar los acuerdos que la corte y la Iglesia deseaban. Concentraronse tropas en Orleans; la estancia real fué convertida en una verdadera ciudadela y las provincias aseguradas por medio de guarni-



LE TRES CHRESTIEN FRANCOIS II DE
CE NOM ROY DE FRANCE ET DE COSSE.

Museo de Escultura

Francisco II de Francia. Copia de un grabado en cobre de la época

ciones y gobernadores adictos. Navarra y Condé, que á pesar de los consejos y observaciones del cuidadoso Calvino (1), se habían dejado atraer por falsas promesas á Orleans, fueron encarcelados. Instruyese en seguida un proceso contra el mas peligroso de los dos, Condé, como reo de lesa majestad y de alta traición; y como estos delitos no pudieran ser probados, fué condenado á muerte por hereje. Por todas partes se levaban tropas para conseguir el total exterminio de la Reforma que cada día tomaba mayores proporciones. Por otro lado, los hugonotes no querían morir indefensos y se armaban en las provincias; de manera que parecía inminente una crisis terrible, cuando en 5 de diciembre de 1560, antes de reunirse los Estados generales, murió Francisco á la edad de diez y siete años, á consecuencia de una inflamación cerebral. Rudo fué el golpe para el partido católico; pues aquella muerte equivalía á una gran victoria para los protestantes. Pronto comprendieron los Guisas que su poder tocaba á su fin; y tuvieron que sufrir que el almirante Coligny y otros hugonotes les injuriasen públicamente.

«Cuando todo estaba perdido, exclamó Beza en Ginebra,

(1) Catalina de Médicis desempeñó en todo esto un papel muy triste por cierto: La Ferrière, *Cartas de Catalina de Médicis*, I (Paris 1886). Introducción LXXXII.

el Señor nuestro Dios, ha despertado.» Cincuenta pastores y un gran número de nobles protestantes salieron de Ginebra y regresaron á Francia, dejándose sentir en alto grado su propaganda.

Desgraciadamente la terrible crisis no se había evitado, sino que solo se había aplazado por corto tiempo.

Muerto Francisco II sin sucesión, sucedióle en el trono su hermano Carlos IX que contaba solamente once años; era pues preciso nombrar un regente y ¿á quién escoger? Siguiendo la costumbre tradicional, la regencia correspondía al rey de Navarra, por ser el príncipe de sangre real de mas edad y mas próximo pariente del rey; sin embargo ya desde los últimos años de Francisco II, Catalina de Médicis, la reina madre, había conseguido, por medio de amenazas de todas clases, que Antonio de Navarra, contentándose con el título de gobernador general del reino y una aparente influencia en la administración del Estado, le cediera en realidad la dirección de la regencia, y se sometiera á sus decisiones. El mismo cardenal de Lorena había pensado por un momento en apoderarse del gobierno, auxiliado en su empresa por el partido católico y por su hermano Francisco, el favorito del ejército. Pero Francisco de Guisa era demasiado leal para asociarse á estos actos, cuya intención una vez conocida no sirvió mas que para dar mayor consistencia á la alianza entre la reina madre y Antonio de Navarra y los hugonotes. Al lado del de Navarra se encontraba toda la nobleza que atribuía al lorenés el plan de llegar hasta apoderarse del trono, una vez extinguida la familia real (2).

Catalina de Médicis se había casado muy joven con Enrique, el cual despues fué Delfín y por último rey (3): por espacio de diez años no tuvo este matrimonio vástago alguno, y como Enrique era el único descendiente varón de la casa de Valois, las relaciones entre ambos esposos eran frias y un tanto hostiles. Difícil por demás era la situación de Catalina, entre la duquesa de Etampes, querida del rey Francisco I, y la querida del hijo de este, Diana de Poitiers, ambas enemistadas entre sí. A pesar de esto, con la habilidad que desplegó supo salir de aquella posición, mejorando además sus relaciones con su esposo cuando dió á luz un hijo. Prudente y hábil, había sabido dominar, al advenimiento de Enrique al trono, su odio hacia Diana, no mostrándole hostilidad, y Diana agradecida permitía que la reina influyera personalmente en el monarca. Despues de la derrota de San Quintín, cuando se temía á cada momento ver á los enemigos en la capital, Catalina, en ausencia de su esposo, había sabido reanimar el valor de los abatidos parisienses y obtener de ellos una contribución de 300,000 libras, conducta que le valió gran consideración (4). Durante el corto reinado de su primogénito Francisco I, vióse relegada al olvido por los Guisas, los cuales desbarataron además los planes que había formado para el matrimonio de su hija: hechos todos que le hicieron ver en aquella familia sus principales adversarios.

Catalina contaba en aquella sazón cuarenta y un años; no era bella; era muy gruesa, morena, de grandes y redondos ojos, y abultados labios, á pesar de lo cual su aspecto era ma-

(2) De Thou, *Historia*, lib. 25. Los Guisas hicieron todo lo posible para que, durante la enfermedad de Francisco la reina madre mandara ejecutar precipitadamente á Navarra y á Condé: Davila, *Historia de las guerras civiles de Francia*, lib. II.

(3) Eug. Alberi, *Vida de Catalina de Médicis* (Florenca 1838). Alberi defiende á su protagonista; pero su hábil defensa debe apreciarse como reacción contra la opinión que hasta entonces había sido generalmente contraria á Catalina.—Alfredo de Reumont describe con la finura que le distingue *La juventud de Catalina de Médicis* (Berlín 1854).

(4) Despacho del embajador veneciano Giacomo Soranzo, 14 de agosto de 1557; Baschet, *La diplomacia veneciana* (Paris 1862), pág. 481.

jestuoso (1). Todos los ejercicios corporales, especialmente la caza, le gustaban de un modo extraordinario, y sus aficiones varoniles se extendían también á la comida y á la bebida. Acostumbraba además á prodigar el dinero á manos llenas para atraerse partidarios. Estaba perfectamente educada y cultivaba las ciencias, como lo prueba el haber adquirido la magnífica biblioteca que dejó el mariscal Strozzi (2). Poseía en alto grado el don de la palabra y gustaba de hacer gala de ello. Su mayor placer hubiera sido atraer á sí á todo el mundo; y su falta principal no era la crueldad ni la dureza, sino por el contrario la indecisión, la vacilación, y la carencia de firmes convicciones y de seguros planes.

En aquellos tiempos, en que tantas decisiones debían tomarse, cambiaba tres veces al día de parecer (3). A todos prometía, y de aquí que se la considerase informal y falta de palabra. Su timidez y los escrúpulos que la dominaban le hacían apelar á medios á veces horrorosos. Todo lo quería hacer por sí misma, y en su correspondencia, prescindiendo de los actos y documentos oficiales, se encontraron mas de 6,000 cartas (4), y sin embargo le era muy difícil seguir una línea de conducta decidida y enérgica. A todo esto agréguese su peligrosa situación en medio de partidos y hombres ambiciosos que se odiaban de muerte mutuamente, y su condición de extranjera que la hacía antipática á los exclusivistas franceses.

Catalina se presentó abiertamente enemiga de los Guisas, y quiso formarse un fuerte partido con las 250 iglesias protestantes, cuya lista le presentó Coligny. Uno de sus primeros actos fué poner en libertad á Condé. En 13 de diciembre de 1560 se reunieron los Estados generales en Orleans, en los cuales se dió un voto de lealtad; la nobleza y el tercer Estado se mostraron enemigos de los Guisas y por tanto del partido católico puro. El tercer estado exigió que los sacerdotes fuesen elegidos por los municipios, y los obispos por los sacerdotes y por los notables seglares, lo cual se oponía á la práctica que desde siglos venía siguiendo constantemente la Iglesia católica. Las rentas religiosas debían dividirse en tres partes: una para los pobres, otra para sostenimiento de las escuelas y la tercera para los hospitales y la construcción de templos. La nobleza deseaba en su mayor parte la predicación según la palabra pura de Dios, lo cual equivalía á la introducción de la Reforma.

Tales pretensiones no tuvieron por el momento éxito alguno; los Estados se separaron al poco tiempo sin llegar á un resultado definitivo; pero ya se comprenderá cuánta efervescencia suscitaban en los ánimos tales negociaciones. La corte, si bien no se decidió todavía á reconocer una situación de igualdad para los hugonotes, concedió amnistía general para todos los delitos religiosos hasta entonces cometidos, y Catalina, por medio de su embajador en Madrid, presentó al rey de España una profesión formal de fe política: «Durante veinte y aun treinta años, decía, hemos empleado fuertes cáusticos para impedir la propagación de este mal (la herejía); pero la experiencia nos ha enseñado que la violencia no ha hecho mas que contribuir á su incremento. En efecto, los severos castigos que continuamente se han aplicado en este reino han fortalecido en un número considerable de pobres gentes aquellas creencias erróneas que muchos hombres

de talento han abrazado: así pues nada menos á propósito para extirpar tales doctrinas que la ejecución pública de sus adeptos.» Por estas consideraciones, apeló á la tolerancia, indultando á Condé y á otros cuatro de los principales acusados de las penas contra ellos pronunciadas.

Los católicos, ante un estado de cosas tan intolerable para ellos, comenzaron á pensar en un auxilio extranjero, fijándose naturalmente en Felipe II de España, á quien querían tomar por modelo, en vista de la enérgica extirpación del protestantismo español. Ya en febrero de 1561 varios profesores de la Sorbona, la facultad de teología de Paris, y algunos ciudadanos de la capital se dirigieron en demanda de auxilio á la potencia que hasta entonces había sido la tradicional enemiga de Francia. Felipe, mas por sus fines políticos que por sus creencias religiosas, se mostró dispuesto á auxiliarles, manifestándolo así públicamente desde 1561. Por



Medalla con el busto de Catalina de Médicis. Tamaño natural

conducto de su embajador en Paris dió á conocer sus designios y preguntó á la reina si quería combatir á los rebeldes, diciéndole que en caso de una negativa pondría sus fuerzas á disposición de los buenos católicos (5).

Los hugonotes y los partidarios de la casa de Borbon, poco satisfechos con lo que habían conseguido, se aliaron con los alemanes protestantes, enemigos de los españoles, y deseaban que en los Estados provinciales se dejara sentir con fuerza la influencia de los príncipes de la sangre. Catalina, espantada en vista de todo esto, nombró á Antonio de Navarra gobernador general del reino, concediéndole su confianza. La enemistad entre ambos bandos se aumentaba, pues, de día en día; los protestantes consideraban segura la victoria, celebrando ya los servicios divinos públicamente, é inaugurando, á los pocos años, 2,150 iglesias (6). En Paris mismo, escribía Beza á Calvino en 1561, contábanse 25,000 fieles formando una sola comunidad. El clero ya no se atrevía á oponerse á ellos por medio de disposiciones jurídicas, sino por levantamientos populares (7).

Para hacer frente á este movimiento, los católicos fanáticos creyeron oportuno poner término á sus discordias intestinas y mostrarse estrechamente unidos. El condestable de Montmorency, el mariscal Saint André y Francisco de Guisa olvidaron sus disensiones y se apartaron de la corte, formando una fuerte alianza para defender la religión, y constituyendo el llamado triunvirato que entabló desde luego negociaciones sospechosas con España y amenazó pública-

(5) La Ferrière, *Catalina de Médicis*. Le Correspondant CXXI, pág. 534.

(6) *Historia eclesiástica de las Iglesias reformadas*, I, 619.

(7) Véanse las cartas del obispo de Orleans al obispo de Rennes (21 de marzo de 1561) y de Tremelio á Trogmorton (del mismo mes); La Ferrière *El siglo XVI y los Valois* (Paris 1879) pág. 53.

(1) *Relaciones de Juan Cappello* (1554. Alberi, I, II, 280), *Juan Michiel* (1561. Alberi, I, III, 435) y *Miguel Suriano* (1562. Alberi, I, IV, 143).

(2) Baschet, obra citada, pág. 490.

(3) Así sucedió en el otoño de 1562; despacho de Marco Antonio Barbaros de 18 de noviembre de 1562 (Baschet, obra citada, pág. 518).

(4) La Ferrière, *Cartas de Catalina de Médicis*, I, Introducción, pág. I.

mente á la regente (1). El clero comenzó también á murmurar de un gobierno que se apoyaba en los herejes Borbones, de suerte que la enemistad que mutuamente se profesaban los partidos religiosos iba siempre en aumento, haciéndose ya imposible toda reconciliación.

En vano procuró el noble canciller L'Hôpital intervenir en estas discordias por medio de un edicto que publicó en julio de 1561 y que, prohibiendo las contiendas intestinas, daba amnistía para las faltas religiosas hasta entonces cometidas, y ordenaba que en lo porvenir la herejía solo pudiera ser juzgada por los tribunales civiles y castigada con la pena de destierro. Esto no podía apaciguar á ninguno de los dos partidos adversarios; así es que se multiplicaron cada vez más en el reino las luchas sangrientas entre los distintos bandos religiosos. El servicio divino protestante fué estable-

cido en toda la Gascuña. Una asamblea de prelados que se reunió en Poissy indujo á L'Hôpital á ponerse sin rodeos al frente de una prudente reforma. En esta asamblea, había ciertamente una minoría despreocupada dirigida por el cardenal de Chatillon; pero la mayoría no quiso aceptar nada que fuese contrario á la unidad de la Iglesia católica. Mientras esto acontecía en Poissy, los Estados seculares, reunidos en Pontoise, tomaban opuesta senda, viéndose desde luego que toda tentativa de reconciliación era imposible.

Esto no obstante, Catalina y su noble canciller no cesaron en sus esfuerzos para conseguir la avenencia y escogieron, en su perplejidad, un medio con el cual nada se había podido conseguir tratándose de conciliar opiniones opuestas; tal era una discusión religiosa. A este efecto y á pesar de la oposición que hicieron los católicos puros, se invitó á los más cé-



La matanza de Vassy. Copia de un grabado de la época

lebres sacerdotes protestantes, entre los cuales se contaba el confidente de Calvino, Beza, á que discutieran con los prelados reunidos en Poissy. En 9 de setiembre de 1561 inauguróse el «Coloquio» (2) en presencia de toda la corte. Aquella era una verdadera comedia: por un lado los lujosos prelados vestidos de seda y oro, y por otro la sencillez de los pastores evangélicos: contraste que produjo una impresión favorable á los protestantes. El desenlace fué el de costumbre: el cardenal de Lorena, por una parte, y Beza por otra, pronunciaron excelentes discursos, que convencieron profundamente á sus respectivos adeptos, pero en manera alguna á sus adversarios; y las fórmulas conciliadoras que se presentaron en los puntos de mayor controversia, como en la Eucaristía, fracasaron ante la intransigencia de los prelados.

(1) La Ferrière, *Catalina de Médicis*. La Correspondant CXXI, 520.

(2) De él se encuentra una extensa relación en la obra de La Placé, *Del estado de la Religión y República bajo los reinados de Francisco II y Carlos IX*, libro 7.º Recientemente H. Klippel lo ha tratado en forma de monografía, *El Coloquio de Poissy* (París).

Pero en conjunto, la victoria fué para los protestantes, pues sus adversarios para salir de apuros terminaban la discusión exclamando con fingida cólera: «¡Blasfeman de Dios, blasfeman de Dios!» Cincuenta años después decía San Francisco de Sales, hablando de estos debates religiosos: «Con ellos nos trajo la desgracia la miserable Ginebra.» La circunstancia de haber podido presentarse el protestantismo libremente á la faz de la corte animó en alto grado á los hugonotes y les conquistó gran número de nuevos partidarios entre los vacilantes é indecisos (3). Entonces se pasó á sus filas el célebre profesor La Ramée (Ramus), el erudito adversario de Aristóteles, convencido de la verdad de sus doctrinas (4). Públicamente reuníanse los protestantes bien armados dispuestos á oponer la fuerza á la fuerza, y hasta tomando á menudo la ofensiva contra sus enemigos. Parecía como si la reina madre quisiera unirse estrechamente á ellos para combatir á los Guisas y á toda la facción hispano-papal. A

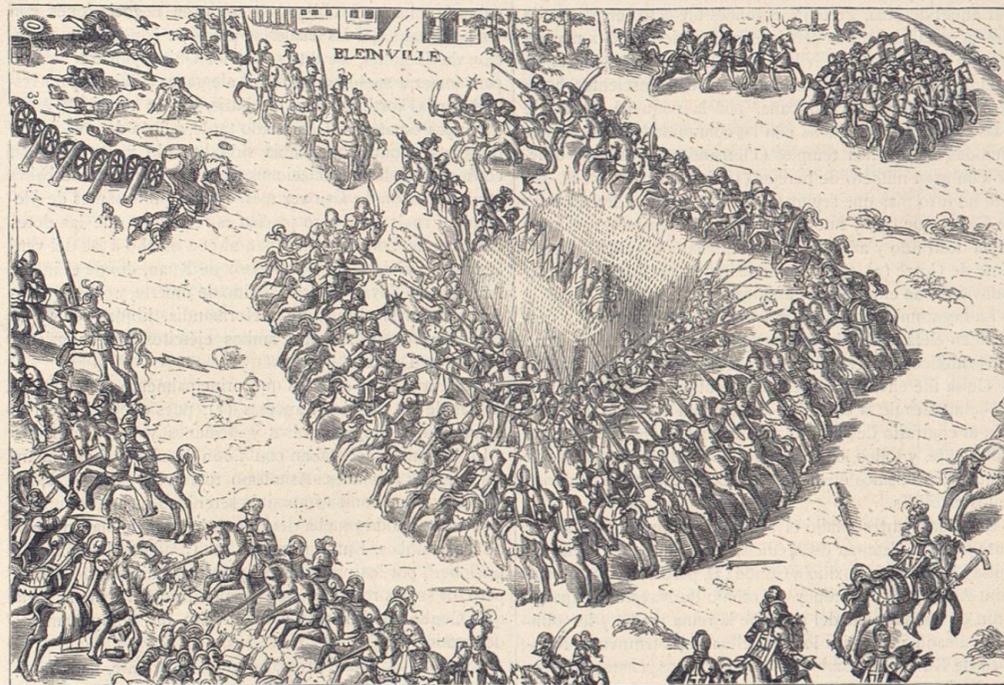
(3) Davila, libro II.

(4) *Boletín del protestantismo francés*, I, 122.

favor de la tolerancia general, extendióse considerablemente en Francia la Reforma, atribuyéndose también esto al celo con que los pastores protestantes cumplían los deberes de su ministerio y con que procuraban fortalecer las creencias de sus adeptos y convencer á sus adversarios. «Si nuestros sacerdotes hiciesen solo la mitad de lo que hacen ellos, decía un embajador veneciano (1), el Cristianismo no se encontraría en el desconcierto en que hoy le vemos.» En el otoño de 1561 contábanse en Francia 2,500 agrupaciones protestantes. Los Guisas se apartaban de la corte, que revestía un carácter cada vez más marcadamente protestante, y en París se estableció el servicio divino reformado, al que asistían millares de personas. La nobleza especialmente era en su casi

totalidad protestante; y el Papa Pio IV manifestaba públicamente el sentimiento que le causaba perder la Francia; Felipe II, sin embargo, se aprestaba para reconquistarla, en caso necesario por medio de las armas, para las antiguas creencias.

El rey de España estaba cierto de que en Francia encontraría gran número de partidarios: los sacerdotes fanáticos excitaban al pueblo, en su mayor parte católico, á que apelara á los medios violentos, de tal manera que en Cahors fueron asesinados 40 hugonotes por instigaciones del ministro de Dios. En París, después de varios asesinatos en las personas de los protestantes, ocurrió en la noche de Navidad de 1561 una sangrienta lucha en el barrio de San Medardo,



El cuarto encuentro en la batalla de Dreux, en la cual murió el mariscal Saint-André. Copia de un grabado de la época

de la cual salieron vencedores los protestantes. La nobleza hugonote del Sur del reino comenzó á la sazón á organizarse militarmente. A pesar del mal éxito que hasta entonces habían obtenido en sus tentativas, no cesaron Catalina y L'Hôpital de procurar una reconciliación. Como fruto de maduros consejos, apareció el llamado edicto de enero en 17 de este mes del año 1562, en el cual se ordenaba á los reformados que evacuaran todas las iglesias, permitiéndoles, en cambio, las reuniones para los servicios del culto fuera de las ciudades y bajo la protección de la fuerza pública armada. Además debían obligarse bajo juramento á no predicar otras doctrinas fuera de las contenidas en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y en el Símbolo del concilio de Nicea, á someterse á las leyes municipales y á no celebrar sus sínodos sin el consentimiento de los funcionarios regios.

En un principio, los jefes de ambos partidos se conforma-

ron con el edicto de enero, porque por ambas partes se había temido algo peor; pero pronto se vió claramente que los protestantes tenían más que sobrados motivos de contento. Su culto estaba reconocido legalmente, y ellos se veían aceptados para conservar la paz del reino, no existiendo en Francia lugar alguno que á ellos permaneciera cerrado. La disidencia religiosa que durante tanto tiempo había podido contenerse por medio de la violencia, se veía de este modo legalmente reconocida y sancionada.

Sus adversarios se convencieron de esto al poco tiempo, y se aprestaron á oponer en todas partes enérgica resistencia á la ejecución del edicto. La enemistad religiosa, de suyo sobrado ardiente, se aumentó á consecuencia de las disensiones políticas. El edicto era evidentemente una victoria para el partido borbónico, y por lo mismo debía enfurecer á sus adversarios los Guisas y á los amigos de estos.

La universidad dió la señal de la resistencia enviando una delegación solemne al rey para obtener de él la conservación

(1) Juan Correr. Alberi, I, IV, 184.